



Las rocas de Brinham.

(INGLATERRA.)

En Yorkshire, á algunas leguas de Ripley, sobre el camino que conduce á Patley-Bridge, se ven varios grupos de rocas, de una forma extraña, conocidos con el nombre de Brimham-roks: estos grupos son testimonio evidente de alguna gran conmoción natural. Sin embargo, varios arqueólogos consideran estas piedras colosales como monumentos célticos. Esta hipótesis es no obstante contraria; el hecho generalmente admitido, de que las piedras drúidicas han sido trasportadas de larga distancia al sitio en que se encuentran, porque era una condición esencial para que se las consagrara. La que representa nuestro grabado, y en la cual ve M. Hayman Rooke un ídolo, reposa sobre un pedestal de unos 12 piés, en forma exagonal. De tiempo inmemorial todos los años el día de San Juan encienden un fuego cerca de la roca, y esta tradición no es uno de los numerosos indicios que hace valer la arqueología, para atribuir á la Brimham-roks un antiguo destino religioso.

## EL GRAN TERREMOTO DE LISBOA

EN EL AÑO DE 1755.

No se puede ver una mañana mas hermosa que la del sábado primero de Noviembre de 1755. El sol alumbraba con todo su esplendor, el cielo estaba enteramente claro y despejado, y no habia el menor indicio de una catástrofe, que redujo una ciudad tan rica, floreciente y populosa, á ser el teatro de tan espantosos acontecimientos y de general consternación.

Entre nueve y diez de la hermosa mañana de tan terrible día, un inglés, autor de la narración, estaba sentado en su despacho acabando una carta, cuando de pronto quedó sorprendido por un movimiento extraño que notaba en la mesa y en el papel, mucho mas que no hacia viento, ni habia en la habitación corriente de aire. Mientras estaba pensando en qué podria consistir, notó que la casa temblaba de arriba abajo; esto tampoco le causó aprension, porque pasaban muchos coches que iban á palacio y podia ser efecto de la vibración del aire, pero al fin sospechó lo que pudiera ser. Debajo de tierra sonaban truenos, como cuando una tormenta viene á lo lejos, y entonces fué cuando se persuadió que todo esto seria el precursor de un temblor de tierra, del mismo modo que se habia hecho sentir en la isla de Madera seis años antes, pero que pasó sin hacer daño. Convenciéndose del hecho, tiró la pluma y se levantó sin saber si debía salir ó quedarse en casa; tanto peligro habia en uno como en otro, y existia la esperanza que todo se pasase sin novedad como en Madera; á los pocos segundos desapareció toda duda, porque de repente se oyó un estrépito tan grande como si todos los edificios de la poblacion se cayesen á la vez. La casa que habitaba nuestro inglés fué conmovida igualmente, en términos que los pisos altos se vinieron abajo; no sucedió lo mismo con el que habitaba; pero se bamboleaba tanto, que todos los muebles se caian y que costaba trabajo el sostenerse en pié. A cada momento veia nuestro amigo la muerte encima, porque las paredes se meneaban de un lado á otro, se abrian y soltaban piedras por las aberturas, mientras que las vigas de los tejados, ya descarnadas, se mantenian aun colgando en el aire. Al propio tiempo, el día que antes habia sido tan hermoso, se oscureció de tal manera, que no se podia distinguir los objetos; parecia una oscuridad egipcia, sea por

7 DE OCTUBRE DE 1855.



causa del inmenso polvo que causaba la caída de tantas casas y palacios, ó por causa de los vapores sulfúreos que salían de la tierra. El autor no decide cuál de los dos motivos era el verdadero; lo que sí asegura es, que por espacio de diez minutos apenas pudo respirar. Por fin, el día se aclaró otra vez, los sacudimientos habían cedido algo y nuestro amigo recobrado algun tanto su serenidad; en esto echó la vista á su alrededor, y lo primero que vió fué una madre que con un niño en brazos estaba sentada en el suelo, pálida, llena de polvo y temblando como las hojas de un árbol. La preguntó cómo se había venido allí; pero su consternación no la permitió contestar; el susto la habría hecho probablemente salir de su casa, y viendo que todo en su contorno estaba en ruinas y por tierra, se refugiaria en la del inglés que encontró abierta; de todos modos no era cosa de perder tiempo en preguntas y respuestas. Lo que sí se acuerda el amigo es que la mujer le preguntó con ansias mortales, si no era ese el indicio del fin del mundo; al mismo tiempo se quejaba de fatiga en la respiración y le pidió un poco de agua. El inglés pasó á una pieza inmediata, adonde tenía una tinaja de agua buena de beber (cosa rara en Lisboa); pero la encontró rota, y así dijo á la mujer que no pensara tanto en beber como en salvar su vida, porque al primer sacudimiento la casa acabaría de caerse y la sepultaría debajo; la prometió de darle el brazo y de tratar de ponerla en salvo.—Nuestro inglés debió la vida á una de aquellas pequeñas casualidades que no están al alcance de la prudencia humana; no se había aun vestido del todo, y estaba en paños menores; de allí su incertidumbre si salir ó quedar en casa; vestido se hubiera echado fuera, y los edificios que se caían le hubieran matado; los demás vecinos de su casa tuvieron todos esta suerte aciaga. A pesar del peligro que apuraba no quiso aventurarse salir á la calle de bata y en chinelas; de prisa y corriendo se puso una casaca y calzado, y bajó la escalera. Aquí dió el brazo á la mujer y ambos salieron de la casa tomando la dirección del Tajo; la calle estaba toda llena de escombros, y en parajes hasta la altura de los cuartos segundos. Era imposible pasar ó trepar por encima de ellos, y hubo que ensayar otro camino, lo que verificó entre mil peligros. Primero ayudó á la mujer para que pasara sobre un monton de ruinas, y luego la dijo de soltar el brazo para que pudiesen pasar á gatas otro monton mas malo que se presentaba en seguida; apenas habían avanzado de este modo como vara y media, que se desplomaron de arriba unas grandes piedras y despachurraron en un instante á la mujer con su criatura. En otras circunstancias una ocurrencia tan aterradora lo hubiera conmovido en extremo, ó acaso le hubiera causado un desmayo; pero ahora el verse espuesto á lo mismo era la idea dominante; además, á su alrededor ocurrían otras y semejantes desgracias, y no le daban, por decirlo así, tiempo de dedicar toda su atención á lo que le pasaba tan de cerca. Nuestro buen inglés tenía que huir por una calle angosta, con casas de cuatro y cinco pisos á ambos lados; estas se estaban viniendo abajo ó se habían venido ya; muertos, moribundos y heridos cubrían los escombros ó estaban sepultados debajo; parecia imposible de poderse salvar, y su único deseo era de quedar muerto, mas bien que lastimado.—A todo esto se daba mucha prisa de avanzar, y por último logró salir de un camino tan fatal, y llegó á la plaza y enterramiento de la iglesia de San Pablo. Pocos minutos antes podia pasar todavía por una obra maestra de arquitectura, adonde pintores y escultores se habían esmerado en adornarla; ahora no se veían mas que montones de piedras, debajo las cuales centenares de personas gemían y daban las últimas boqueadas, habiéndose cogido la desgracia rezando al pie de los altares. Apenas había tomado aquí nuestro amigo un poco de aliento y cobrado algo de calma, se dirigió por encima de las ruinas hacia las orillas del Tajo, para alejarse todo lo posible de los edificios en caso que viniese otro sacudimiento.—Llegó felizmente al río y se encontró allí con un gran número de personas de ambos sexos, entre ellas muchos sacerdotes con sus albas y ornamentos puestas, porque se habían librado de la patriarcal huyendo á toda prisa, abandonando la misa mayor que estaban celebrando; el terror de la muerte estaba pintado en sus rostros, lo mismo que en el semblante de tantos miles, que incados de rodillas pedían misericordia á Dios. Entre los eclesiásticos se distinguía un anciano respetable; recorria los corrillos de las personas que estaban rezando y sollozando, les confesaba y auxiliaba, y consolaba á todos los que acercándose de rodillas y á rastras, procuraban de besarle la mano ó la falda de sus vestidos.—El inglés, lleno de pavor con este espectáculo, se arrodilló igualmente, rezando con tanto fervor como el primero.—En medio de estas angustiosas lamentaciones vino el segundo sacudimiento, poco inferior al primero, y que completó la ruina de las casas ya rotas ó resentidas.—El grito de *Misericordia, mio Dios!* fué general y se le oyó tambien de la montaña de Santa Catalina, á pesar de su gran distancia, porque igualmente allí se había refugiado muchísima gente. El golpe del sacudimiento fué tan grande, que no se podia uno sostener de pié, y lo peor es que acto continuo se presentó un peligro nuevo; el mar se había conmovido extraordinaria-

mente, no se oía otra voz mas que la de ¡Somos perdidos! el mar va á inundarnos.—En efecto, el inglés dirigió la vista hacia la embocadura de la ria, y vió cómo las aguas iban engrosando, formando una montaña que se venia para arriba, sin que ningun viento la impulsase. Rugiendo y lleno de espuma, se acercaba el furioso elemento, mientras que todo el mundo huía con precipitación dando gritos y alaridos. Muchos fueron presa de las olas; otros se salvaron por mera casualidad, como sucedió á nuestro inglés, el cual huyendo en la consternación general como todos los demás, se encontró un tronco de árbol, al cual se asió fuertemente, hasta que la avenida, que tardó poco en retirarse, lo dejó en seco.—De cualquier manera tan grande parecia el peligro de ser arrastrado por las aguas, como el de ser aplastado por las casas, y por lo tanto nuestro hombre se determinó de volver á la iglesia de San Pablo, que estando en paraje mas alto, resguardaba mas bien de las avenidas de la ria. Aquí desde los altos presencié un espectáculo imponente. En el mar, hasta donde alcanzaba la vista, había un gran número de embarcaciones que se bamboleaban y chocaban una con otra, como si hubiese una gran tempestad; algunas hacían el remolineté; barcos menores habían zozobrado. Contemplando todo esto estaba nuestro inglés, cuando de pronto se vino abajo y se hundió el muelle grande del río con toda la gente que se hallaba allí agolpada, contando con su solidez. Los botes y barquichuelos atracados, en los cuales se habían refugiado tantas y tantas personas, fueron, como el muelle, engullidos por las aguas. Un capitán de barco, que escapó bien de tan grande peligro, contó después al inglés que en el segundo sacudimiento, mirando desde su buque á la ciudad, vió que se meneaba y bamboleaba toda entera á pesar de su gran estension; del muelle no quedó señal ninguna, y en el paraje adonde había estado no alcanzaba ya la sonda. Poco después vino una tercer sacudida, pero no tan fuerte; tambien ahora se acercó el mar á la tierra, pero retrocedió mas pronto que la primera vez. La ria hizo estos movimientos varias veces, de cuyas resultas varias embarcaciones se quedaron á secas. Parecia que Lisboa iba á tener la suerte de Lima en el año de 1746; si hubiese estado algo mas cerca del mar, este ciertamente se la hubiera tragado. Para ver cuánto se había extendido el temblor de tierra por el mar, basta saber que un capitán que se hallaba con su barco á cuarenta millas de la costa, sintió un golpe tan grande, que tuvo miedo de haber dado en un arrecife; no se pudo explicar el caso hasta que llegó al Tajo y vió la devastación. Gente á caballo que se habían encontrado junto á la playa, no pudieron alcanzar las alturas sino á toda carrera; con tanta precipitación avanzaban las aguas.—Amenazado de las avenidas, poco seguro en la Plaza de San Pablo, por si acababa de caer lo poco que había quedado en pié, nuestro narrador resolvió dirigirse hacia la casa de la moneda, edificio muy sólido, de poca altura y que prometia mejor amparo que otros.—Los individuos de la guardia se habían fugado todos, á escepcion de su comandante, joven alférez de 17 á 18 años. La tierra continuaba moviéndose por bajo, y las casas que se veían aun de pié á cierta distancia se bamboleaban de acá para allá. El agua había inundado el patio, y el inglés y el oficial se subieron sobre un monton de ruinas. El inglés no pudo menos que manifestar su admiración á ese joven en vista del valor y de la abnegación con que resistía solo en su solo cabo, no solamente á los elementos, sino tambien á la eventualidad de crímenes, como veremos mas adelante. Encerraba la casa de la moneda algunos millones, y á él se le debe el no haberlos perdido. Cerca de cinco horas estuvo nuestro amigo en su compañía, hasta que al cabo se fué, fatigado del susto, y sumamente rendido y cansado del calor y del hambre; tambien le preocupaba mucho la suerte de un amigo que vivía en el centro de la población y que de consiguiente estaba espuesto al mayor peligro; para ir en busca de éste se despidió del joven guerrero.—Caminaba nuestro hombre por encima de millares de montones de ruinas, por encima de los escombros de un convento que había sepultado á los frailes y á los fieles que estaban oyendo misa, por encima de los del teatro de la Opera y de los del palacio real. En la plaza grande, delante de éste, se veía un cuadro lastimoso; allí había caballos, mulas, coches y carruajes de todas clases. La misa mayor había apenas principiado en la capilla real, cuando se dejó sentir el terremoto; todo el clero y la nobleza desaparecieron en precipitada fuga. Nadie pensó en las riquezas de la iglesia, que estaban espuestas á cualquier mano sacrilega, ni nadie trató de buscar sus carruajes. Así es que los pobres animales estaban enganchados y parados, abandonados á sí solos, pereciendo de hambre; había otros tendidos en el suelo que debajo de piedras estaban acabando.—Con mucho trabajo y entre escenas de dolor avanzaba el inglés poco á poco; nadie tenía lástima de los muertos y moribundos que yacían por todas partes; eran tantos, que costaba trabajo el sentar el pié sin tocar á alguno. Aquí se encontraban coches aplastados, habiendo quedado muertos amos, criados y caballos; mas allá madres con sus niños en brazos. Señoras lujosamente vestidas, frailes, curas, grandes, artesanos y personas de todas clases, todos revueltos, tendidos por el suelo y muer-



tos; otros con las piernas rotas, otros con sillares encima del cuerpo. Muchos aun vivos pedían auxilio y socorro, pero no había nadie que se lo prestase. De la casa del amigo que el inglés buscaba no había quedado traza ninguna y toda investigación fué inútil. —Viendo el estado de las cosas, se salió de la ciudad y se fué á un café que un paisano suyo tenía estramuros, para encontrar allí un abrigo, si era posible obtenerlo en parajes adonde millares de almas se habían quedado sin pan, sin techo y sin camisa. A pesar de tantos males no habían concluido aquí los sustos del primero de Noviembre. Al acercarse la noche parecía que toda la ciudad era un mar de fuego; había tanta claridad, que se podía leer una carta. En cien partes diferentes subían las llamas á un tiempo y duraron seis días (1), sin que nadie pudiese poner remedio ni se atreviese á ello. Lo que el terremoto no había destruido, lo conmovió el fuego. Aterrados de estupor millares de hombres miraban tamaña destrucción, mientras que mujeres y niños imploraban la protección del cielo y de los Santos. A todo esto la tierra temblaba siempre mas ó menos, y á veces un cuarto de hora sin interrupción. —¿Pero cuál era la causa de ese elemento devorador? —¿cómo es que también él se había conjurado para contribuir á la ruina de la ciudad? —Varias eran las causas que lo pueden explicar. —El primero de Noviembre es el día de Todos los Santos, gran fiesta de los católicos romanos y muy celebrada de los portugueses. Todos los altares, todos los santuarios están en este día llenos de velas y lámparas encendidas; estas comunicaron el fuego á las maderas y colgaduras. En las casas había fogones, en algunas partes chimeneas, y por esto no faltaban motivos de incendios; á esto se agregó la maldad; en la confusión un gran número de criminales se habían soltado; estos malvados, dispuestos para nuevos crímenes, atizaban los fuegos, ó los encendían adonde aun no los había, tanto por hacer daño como para poder robar á mansalva, á pesar que nadie se lo hubiera impedido, porque pasaron muchos días, hasta que la gente se aventuró á reconocer las ruinas. De este modo fué cómo ardió el palacio real, y un reo, cogido algun tiempo después, confesó todavía en el patíbulo que había tenido la esperanza de quemar á toda la familia real. —Poco á poco se restableció algun tanto el sosiego; se principió á informarse de sus habitaciones y de las de sus amigos; las casas mas fuertes eran las que primero se habían caído; mas de seis mil almas habían perecido; muchos millares de familias habían perdido todo, todo en toda la estension de la palabra. Lo propio sucedió á nuestro buen inglés; no pudo dar después con el sitio que había ocupado su casa; los cadáveres que yacían debajo de las ruinas echaban un tufo tan pestífero, que en una ocasion cayó desmayado, y desde entonces abandonó toda ulterior pesquisa. A lo menos había salvado su vida y el completo uso de sus remos; no tenía tampoco que llorar la pérdida de ningún pariente ni la de ninguna persona aliada á su corazón.

## EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE.

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

### ARTÍCULO SÉTIMO.

(Continuación.)

Nos hemos propuesto, como fácilmente lo habrán reconocido los lectores del SEMANARIO, al tomar el epígrafe que encabeza estos artículos, tratar con alguna estension de la literatura provenzal. Desde luego convenimos en que nos hemos desviado de nuestro primer intento, cual era el considerar el amor como elemento artístico de dicha literatura. Pero como este elemento es sin duda alguna el mas esencial; como constituye la base sobre la cual descansa, en torno al cual gira toda ella; como semejante elemento artístico es al mismo tiempo su síntesis, el resumen de toda su significación é importancia, hemos debido ensanchar el círculo de nuestras ideas, agrandar el horizonte que nos trazaba la naturaleza misma de la materia y hacer, por decirlo así, retroceder y alejarse los límites de nuestro discurso. A este punto capital de nuestro trabajo se adhieren gran número de consideraciones de no escaso interés, y que deben ser la consecuencia lógica de los principios en él asentados; y para darles conveniente cabida no bastaba el espacio ordinario de que podíamos disponer, el término racional que circunscribe toda obra única en sí, exenta de ampliaciones y episodios.

Por otra parte, somos de opinion que todo estudio, sea cual fuere su índole especial, su determinado carácter, ha de hacerse por el método de comparacion y analogia. Buenas, á veces felices en sí, son las con-

sideraciones abstractas, las teorías absolutas, las tesis generales; pero como es condicion suya, forzosa é ineludible, requerir un estudio preparatorio, un conocimiento preliminar de la materia traída á discusion, á mas de ser necesaria una aptitud especial de nuestro ánimo, hemos creído que, desechando desde luego al iniciar una cuestion cualquiera semejante, árido é infecundo modo de apreciarla, debíamos optar por el medio opuesto de relacion y analogia. Por eso, al tratar el interesante, y creemos ameno tema literario, del amor considerado como elemento del arte provenzal, hemos, á guisa de proemio, echado en los tres primeros artículos una rápida ojeada sobre el asunto, cuyo desarrollo nos habíamos propuesto, y pasando luego al terreno, segun nuestra particular opinion, mas que otro cualquiera á propósito para su completa esplanacion, hemos entrado en el campo de las comparaciones. Somos los primeros en convenir, á fuer de imparciales, y porque no nos ciega el natural amor que á nuestras obras profesamos que, en contra de los preceptos de la lógica y en contra de las leyes de la critica literaria hemos caminado; pues que si no era nuestra intencion ceñirnos solo á la materia anunciada en el epígrafe, no debía serlo tampoco la de separarnos tanto de ella haciendo sendas líneas curvas, á manera de las que describe un juego de luces artificiales, que llegásemos á perderla de vista, convirtiéndola en incidentes y haciéndola pasar de lo esencial á lo accesorio. Y tanto mas convenimos en que hemos escedido nuestras facultades, en que hemos faltado á las leyes de la razon, de la critica y del buen gusto literario; en que á sabiendas hemos estraviado, ó mejor dicho, perdido el hilo de nuestro razonamiento; en que hemos, como vulgarmente se dice, cambiado los bártulos, tomado el rábano por las hojas, cuanto que habiéndonos acogido al incidente para establecer nuestro sistema de estudios comparados, habiendo echado mano del episodio para el completo desarrollo de la accion principal, hemos otorgado al uno y al otro una latitud exagerada, una estension inmerecida, un límite fabuloso que nunca debieran alcanzar.

Mas aun que esto hacemos á la presente y nos proponemos hacer en lo sucesivo. Una vez separados del camino, una vez entrados en el terreno del episodio, una vez en fin decididos á perdernos en alas de loca fantasia literaria, con el fin secreto de tocar al centro discurriendo por los ródios del círculo, nos proponemos seguir en nuestro propósito, es decir, continuar vagando á merced de nuestro capricho por el abundoso terreno de las digresiones en que nos encontramos. Por disparatado que sea nuestro intento, por inútil quizás el objeto que no proponemos conseguir, conviene sin embargo, arrancarle á tan dilatadas regiones, traerle á términos que parezcan mas racionales; y ya que no espongamos, como dicen los lógicos, su razon de ser, digamos al menos algo que motive su repentina aparicion, que dé á conocer su conveniencia y tambien diremos eficacia.

Soltamos ya, en tiempos anteriores, algunas palabras sobre nuestro repentino cambio de materia. Dijimos, que los que se habían ocupado de la literatura provenzal, incidental ó directamente, habían tocado desde luego, y como si fuese la razon de cuanto iban á esponder, habían tocado la espinosa cuestion de las analogías de esta literatura con la literatura arábiga; fundándose en que ambas son inseparables, en que entre ambas median relaciones que mas que el de amistad tienen el viso de parentesco, en que no le es lícito á la critica literaria dejar de considerar á la primera como derivacion de la segunda. A la verdad que para quien abraza tal creencia, es cosa de todo punto imposible separar la consecuencia del principio, el efecto de la causa, la síntesis del análisis. Que han tocado dichos criticos la cuestion de las semejanzas y analogías entre ambas literaturas, es cosa innegable y nosotros lo consignamos reiteradamente. Diremos nuestro pensamiento con mas exactitud. Que los criticos franceses, entre los cuales citaremos con honor á los señores Villemain, Raynouard, Fauriel, Guinguené, Mostrandamus y otros, y los criticos españoles á quienes no es mengua nuestra colocar al lado de estos; señaladamente si se trata del erudito D. Antonio Conde y el laborioso orientalista D. Pascual Gayangos; que dichos criticos al abordar la cuestion presente, como ahora se dice en estilo ultra-pirinéico, al iniciar tan importante tema literario, lo han hecho como cuadraba á su reconocido talento, como sentaba á su fama de literatos que lo hiciesen. Han llevado á cabo su importante trabajo, han espuesto las razones que les asistían para afirmar tales analogías de origen entre las citadas literaturas, para establecer sus puntos de contacto y semejanza, y hacer visible á todos el hilo misterioso que las une, con tal copia de datos y comprobantes, con tan notable rectitud de intencion, y con un celo tan digno y perseverante, que merecen por ello nuestros elogios. Puestos estos escritores en mejores condiciones de accion, afianzados sobre mas sólidas bases, á buen seguro que reales y no aparentes, sólidos tambien y no ficticios, hubiesen sido los resultados de su trabajo, ricas y esplendorosas y no mezquinas y de pálido aspecto, las consecuencias de tan sanos principios. El afán de establecer una hilacion forzosa, un enlace necesario, imprescindible, fatal, entre unas y otras literaturas; el

(1) En Moscow sucedió lo mismo en Setiembre de 1812.



deseo de proceder por las vías de una lógica que al corazón humano, fuente de toda literatura, no tiene ninguna aplicación; si bien puede tenerlo á la cabeza, fuente de toda forma literaria; y otras razones diversas, que no es del caso manifestar, han motivado la inexactitud de sus apreciaciones y la irregularidad de sus juicios.

Han hecho esas malhadadas circunstancias que acompañan por lo común á los trabajos más concienzudos y los hacen como fatalmente estraviarse y tomar un giro extraño, al parecer reñido con la bondad de la causa que defienden; han hecho tan deplorables, á la par que insignificantes circunstancias, pues todo ello no está más de parte de estos escritores que en haber querido atribuir á causas accidentales, lo que á causas puramente naturales es debido, que su tarea haya sido estéril é infecunda, como lo era la tarea de Tántalo, de Sisifo, Ixíon y otros personajes de la antigua mitología, condenados á no poder lograr jamás el objeto de sus ardientes deseos.

De modo que, en la apreciación de la causa ha consistido tan solo el error de dichos escritores. De que la literatura provenzal se asemeje, bajo muchas de sus fases considerada, á la literatura hispano-árabe, no es lícito inferir, en buena lógica, que se haya originado aquella de esta. En la semejanza respectiva de las fases artísticas de ambas literaturas meridionales no vemos otra cosa más que la igualdad de causas estéticas que han originado tal semejanza. No hallaremos nosotros jamás en esta, causas accidentales, causas puramente objetivas, cuales son las causas históricas, las causas de tradición, relación, tiempo, lugar y otras parecidas, á las cuales la atribuyen los escritores arriba mencionados. Además de que no son de tal fuerza esas causas históricas á cuyo poder é influjo se atribuye la analogía que existe entre una y otra literatura meridional, y que resumiremos muy bien diciendo, que consisten en las relaciones más ó menos directas habidas entre ambos pueblos creadores de dichas literaturas; no son de tal fuerza esas razones, puramente incidentales, que nos impulsan á creer que por sí solas han sido capaces de efectuar tal semejanza, sobre todo si se atiende á lo evidente que es esta bajo el doble aspecto de fondo y forma. Razon por la cual, á parte de otras muchas que no es del caso exponer, porque ó lo han sido ya en lugar conveniente, ó no es el objeto especial de nuestro trabajo, razon por la cual decimos que, no vacilamos en desechar esas causas históricas, para la explicación de un fenómeno que nada tiene de anómalo y sobre natural, espuestas. En otro lugar hemos hecho ver lo aparente y ficticio de esas causas, supuestamente apoyadas en la historia, toda vez que esta las niega y contradice. Hemos estensa y detalladamente probado cuán efímeras y accidentales, cuán sujetas á interrupción y trastorno debieron ser esas relaciones habidas entre dos pueblos separados por todo el espacio que media entre la Sierra-Morena y la cordillera de los Pirineos, hallándose para estorbarlas, y á veces totalmente impedir las, el gran pueblo español, que se alza, cual irritada sombra de Orestes, para pedir venganza y sacudir las ignominiosas cadenas que sobre sus nobles hombros arrojara uno de esos dos pueblos.

Más que esto decimos aun. Dados por ciertos los motivos sobre los cuales se funda la grande analogía de la literatura que se cultiva en la fantuosa corte de los Abderramanes, con la que convierte las risueñas moradas de los señores feudales de Provenza, habría empero torpeza indisculpable por nuestra parte en admitir que tales insignificantes motivos hayan bastado á ocasionar lo que solo á causas generales é invariables, á causas altamente filosóficas, á hechos sobremateria graves y trascendentales, cuales son las causas y hechos que parten del entendimiento y corazón humanos, debe su existencia. Dénse en dos pueblos, alejados cuanto se quiera uno de otro, colocados en opuestos puntos del globo, las mismas circunstancias de carácter, de ingenio, de educación, de costumbres, de influencias de clima y topografía, de tradición; en una palabra, de cuanto contribuye á formar la inteligencia y corazón del hombre; déense dos pueblos ejerciendo y desarrollando su actitud á impulso de semejantes circunstancias, y veráselos caminar paralelamente, aunque á gran distancia uno de otro, y venir ambos á parar al mismo punto.

En tal caso, que no por cierto en otro se encuentran, el pueblo que descansa voluptuoso y poeta á la sombra de las palmeras que orlan las márgenes del Darro y del Guadalquivir, y el que vive gozoso cantando los amores de hermosas damas, cuya hermosura reflejan las rápidas corrientes del Garona y del Ródano. Los laudes de sus poetas se oyen á lo lejos; mas no se conocen uno á otro los que los pulsan. Son dos peregrinos que vienen de distintas tierras á contar á distintos oyentes sus largas aventuras: son dos trovadores que cantan, sin saberlo, las mismas trovas á dos damas que habitan los opuestos lados de un castillo. Las cosas que los peregrinos han visto, las aventuras que les han pasado son las mismas; iguales é idénticos son también los sentimientos de amor que hacen latir los sensibles corazones de ambos trovadores al aspecto de encantadoras bellezas. Mas ellos no se conocen uno á otro: no se han visto jamás, ó si se han visto, ha sido sin conocerse: no han podido comunicarse su flego

amoroso, no han podido hacer que latiera el corazón del uno al ardiente contacto del corazón del otro.

Tal extraño é inesplicable fenómeno no podría suceder: sería quebrantar las más fuertes leyes de la naturaleza humana. El corazón como la inteligencia son libres: el uno en sus latidos, la otra en sus concepciones; y á impulsos de esta libertad crecen y se desarrollan ilimitados en su acción como el aura que vaga por el horizonte, como la flor que crece en las laderas de la montaña, como el arroyo que hace discurrir sus aguas por la fértil llanura. Con razón á esto desechamos nosotros, como imposible, la imitación de una literatura por otra, tomando de esta palabra *imitación* todo lo que puede encerrar de sentido subjetivo y filosófico. En literatura, como en filosofía, como en arte, como en la ciencia en general, como en religión, como en política, como en costumbres, como en todo lo que nace espontáneamente del carácter é ingenio de un pueblo, de su índole moral é intelectual, la imitación es un absurdo, una aberración, un contrasentido. La enseñanza literaria ó filosófica, el apostolado científico, esa enseñanza doctrinal de individuo ó corporación, de academia ó liceo, también lo deseamos nosotros como impropia, como inútil, para desarrollar en un pueblo un elemento de ciencia ó arte que esté reñido con la índole de sus sentimientos é ideas.

Nosotros, como es la vulgar opinión, admitimos en toda idea literaria, cuya base sea la estética, lo que se ha dado en llamar *el fondo* es decir, su esencia; y los accidentes que la manifiestan, la expresión que reviste; ó lo que ahora se conoce también bajo el nombre igualmente romántico que el primero, de *forma*. En cuanto á la imitación del fondo, aquella imitación pueril y ridícula, y mas que todo infértil y desastrosa, que consiste en renegar de su propia espontaneidad y poner á nuestro entendimiento en la misma turquoise en que otros le han puesto antes que nosotros, en vaciar la idea que bulle fecunda en nuestra mente, el pensamiento que acariciamos con maternal amor, en el mismo molde en que há poco se vació un pensamiento mezquino, si el nuestro es sublime; pobre, si el que nosotros abrigamos es rico; artificial y engañoso, si natural é ingenuo el que nosotros queremos dar á luz; en cuanto á esa extraña imitación que se ejerce de tan infausto modo, nosotros la rechazamos con energía. La creemos un mal muy grande para el espíritu, y le atribuimos los mismos efectos corruptores y disolventes que al veneno para el cuerpo humano. Razon sobrada se dirá que nos asiste para ello, si recordamos cuáles fueron, en la historia literaria de nuestra patria, perteneciente al siglo XVIII, y á semejanza de esta en otras épocas literarias de las demás naciones, los tristes, los funestos y para siempre deplorables resultados de tan odiosa imitación.

Nos lleva, además de este, otro motivo muy poderoso á admitir como un hecho altamente imposible, como cosa utópica é irrealizable, pues está reñida con la naturaleza misma del hombre, esa singular imitación que pretendemos hacer de sus sentimientos é ideas, y que nosotros no tenemos fuerzas bastantes para condenar. Consiste este motivo en que nosotros, que no pecamos por cierto y librenos Dios de ellos de románticos, ni en literatura, ni en filosofía, ni en ciencia ni en arte, ni aun siquiera en política — el peor de todos los romanticismos — no admitimos sin embargo otra literatura, otro arte, otra filosofía y otra ciencia que la del pueblo, la de las grandes *masas* de individuos que le constituyen; la literatura y el arte del mayor número, que es lo que constituye el verdadero pueblo, el verdadero estado, la verdadera nacionalidad. Desechamos toda idea artística ó literaria, moral ó religiosa, científica ó filosófica, individual ó colectiva, que no esté apoyada en tan sólida y anchurosa base. Condenamos enérgicamente, escluímos del gremio de los grandes hechos de la actividad humana, todo lo que no descansa en la idea popular, en la idea del mayor número, que es la idea verdaderamente grande y fecunda, verdaderamente democrática.

Nosotros distinguiremos siempre, pues la confusión en este punto es imposible, nosotros distinguiremos en todo pueblo dos clases de individuos, de personas. Los que piensan libérrima y espontáneamente, conforme á los impulsos de su corazón y siguiendo las sencillas y toscas leyes de la naturaleza; los que piensan y sienten llana é ingenuamente y dicen del mismo modo lo que piensan, sea bueno ó malo, trivial ó sublime; y los que piensan á impulso de ageno pensamiento; los que sienten á compás de sentimientos que no son los suyos; los que mueven su corazón y agitan su mente en dura opresión y férreo yugo; los que arrojan miserables su propia espontaneidad en el camino por donde ha pasado ó ha de pasar otra espontaneidad extraña que ha de hollarla y escarnecerla; los que apagan la luz de la razón que ilumina su alma, se sumen voluntariamente en las tinieblas y ni aun caminan por medio de ellas, mientras una mano fatal no viene á guiar sus torpes pasos; los que no lo ven todo, como el hombre tosco y vulgar, como el hombre injustamente apatetizado rudo é ignorante, como lo veía el gran Descartes, en el elocuente libro de la naturaleza y en el sublime santuario de sí mismos, de la razón y



de su conciencia; los que conocedores de lo que otros han dicho y pensado ignoran lo que ellos mismo dicen y piensan; los que satisfechos, finalmente, con una empalagosa y siempre confusa y encontrada erudición, pretenden en todos los actos de la actividad humana sujetar á aquella las eternas y universales leyes que la rigen.

Estas son las dos clases de individuos que reconocemos en toda sociedad, en todo pueblo. Claro y evidente es que siendo, una de otra distintas estas clases, á cada una de ellas corresponderán distintos y opuestos sentimientos, distintas y encontradas ideas. De aquí dos muy marcadas y especiales literaturas en su origen, desarrollo, esencia y expresión: de aquí también, y por el mismo motivo, dos clases de ciencia y arte, de filosofía y de religión, de hábitos y costumbres sociales: de aquí, en fin, dos expresiones determinadas y particulares de la actividad humana en cualquiera de sus inmediatos desarrollos. Y si á nosotros nos toca, como es consiguiente, medir su significación é importancia por los grados á que sube cada una de ellas en el dila-



(Aventuras de un loco coronado.)

tado termómetro social, claro es que á la literatura popular, á la literatura del mayor número de individuos, á la que en el elemento democrático se funda, daremos, en este concepto, la preferencia.

Para nosotros, esta literatura en las anteriores líneas caracterizada con respecto á las fuentes distintas de donde mana, de rudo é inculto aspecto, como todas las cosas que se nos aparecen vestidas de natural desnudez, es, á no dudarlo, la verdadera y única literatura, el verdadero y único arte, la ciencia verdadera de un pueblo. Así se explica cómo la verdadera literatura española, esa literatura que forma nuestra preza y honra, que nos dá un carácter de originalidad que ninguna otra nación de Europa posee, esté encerrada en nuestros romances, en nuestros libros novelescos y de caballería, y en nuestro precioso teatro. Así se explica cómo nuestros vecinos hayan completamente carecido de este último elemento de arte, en el sentido propiamente dramático, en los tiempos mismos de su gran período literario, en los fastuosos tiempos de Corneille y de Racine, de Voltaire y de Crébillon, que ponían en la escena francesa personajes griegos y romanos con peluca y calzon corto, enamorados de los ojos azules de las damas, y que repletos de enciclopedismo, discutían sobre política y teología, y lanzaban mordaces indirectas á los curas. No; es menester desengañarse. No es literatura, no

es arte real, sino ficticio, no de fondo, sino de forma, aquel que viene por la memoria, sino aquel que nace de la inteligencia; no el que se aprende en los libros, sino el que se lee en el corazón; no aquel que forman los individuos, sino el que ejecutan los pueblos; no el que se recibe por las lecciones de los maestros, en los claustros de las universidades, en los salones de los liceos y academias, sino el que se ve escrito con grandes, aunque toscos y rudos caracteres, en las obras que los pueblos llevan á cabo. Ahora bien: un individuo, una reunión de ellos, imitan á otros individuos: mas un pueblo no imita jamás á otro pueblo; una nación no se despoja jamás del precioso manto de su nacionalidad, para echar sobre sus hombros el de una nacionalidad extranjera. Esto no lo hacen jamás las naciones, porque las naciones no hacen lo imposible: que imposible es trasformarse una nación, un pueblo entero, en otro pueblo distinto, por meras relaciones científicas ó literarias, políticas ó comerciales. El cambio de naturaleza está fuera de los límites del individuo, de la tribu y de la sociedad. Lo único admisible, en literatura como en filosofía, es la modificación accidental de alguno de los elementos de la actividad humana que están mas en roce con el pueblo de donde proviene la influencia modificadora. La mudanza completa, la trasformación entera y radical de lo que constituye la individualidad y espontaneidad humanas, es un imposible, ya lo hemos dicho, un absurdo, una monstruosísima aberración. Por eso la igualdad de arte y de ciencia, como la igualdad de usos y costumbres, de pasiones y afectos, de clases y condiciones, de lenguaje y forma de gobierno, es una insensatez, una cosa que no se concibe, que solo tiene resistencia en una imaginación exaltada, en un espíritu calenturiento, como el de Platon ó Aristóteles, el de Thomas Moor ó Campanella, el de Fournier ó Cabet, el de Saint Simon ó Miguel Chevalier, el de Proudhon ó Luis Blanc. Por eso la democracia, como sistema político basado, es la perfecta igualdad social, es la mas estravagante, la mas absurda, lo mas risible de todas las utopías imaginables.

No; no es posible dar á un pueblo sentimientos ó ideas, ni en ciencia, ni en religión, ni en arte, ni en política, que éste rechaza á semejanza de un enfermo cuyo estado de postración y abatimiento le hace arrojar las bebidas que se le suministra. Para conseguir esto se le menester hacer con ese pueblo lo que sus conciudadanos quisieron hacer con el gran rey Sesostris y el elocuente orador Mirabeau. Sacarse la sangre que corría en sus propias venas para alimentar con ella las venas de aquellos á quienes se quería comunicar nueva vida. A quien tal pretendiese verificar podría muy bien pedirsele lo que deseaba alcanzar un cortesano del rey Felipe III que le prolongase, en el lecho de agonía, la existencia tan solo por un cuarto de hora.

No se concibe, pues, la imitación en literatura. No se concibe una imitación real y filosófica, una imitación del sentimiento y de las ideas estéticas. Solo puede admitirse una imitación, una copia si se quiere, un calco, en lo que no es literatura ni arte, en lo que nada representa, nada vale ni significa; en lo que no afecta á los hechos propios de la subjetividad de un pueblo dado; en lo que no puede constituir ni su pensamiento, ni su idea literaria, científica, política, religiosa ó de otro cualquier género; en lo que nada se roza directa ni indirectamente con su espontaneidad libre y fecunda. El génio del poeta y el fuego del orador y la sublime inspiración del artista no se imitan ni copian: no se imitan, ni tampoco se copian el espíritu verdaderamente guerrero, verdaderamente caballeresco y religioso de un pueblo: no se imita, por fin, su espíritu amoroso, su culto sincero y leal á la mujer en quien se adora la belleza del corazón y la virtud de la idea que traslucen sus purísimas miradas. No ha podido por lo tanto imitar la literatura provenzal á la literatura árabe.

Nos detendremos aquí en nuestras consideraciones filosóficas acerca de si es posible ó no la imitación literaria, como otro cualquier género de imitación en el sentido que la mayor parte de filósofos y críticos dan á esta palabra, cual es un sentido real y positivo, de sentimiento ó idea, de concepción y espontaneidad.

Nosotros hemos indicado repetidas veces, en el curso de este y de anteriores artículos, que si existen entre ambas literaturas arábigo-española y provenzal semejanzas y analogías de fondo y forma. Nos reiteramos en ello. En cuanto á las semejanzas de fondo, ya hemos explicado la causa atribuyéndola á la igualdad y paralelismo de comunes circunstancias á ambos pueblos. Como dichas semejanzas no pueden atribuirse, como lo hacen los escritores franceses y españoles ya citados, á causas puramente relativas y accidentales, á circunstancias de tiempo, lugar, relación y otras análogas, es decir, á causas esternas y de mera objetividad, también acabamos de explicarlo en la larga teoría poco há espuesta, acerca de cómo entendemos nosotros la imitación literaria. Cúales sean esas semejanzas generales de fondo, ó de sentimiento ó idea, entre las dos literaturas de que nos ocupamos, no lo diremos en este artículo, ya demasiado extenso, y si lo reservaremos para el siguiente. En este explicaremos igualmente si, aun en la forma misma de una de las dos literaturas citadas, ha sido neces-



sario para que en la una sea igual á la de la otra, que haya habido imitación de una forma poética estraña.

Terminado que sea este largo incidente crítico-literario, continuaremos en el exámen y estudio comparativo de los elementos que entran en la composición de la literatura, que tiene su asiento en el suelo arábigo-español, y de la que ocupa el territorio que se extiende entre la costa que bañan las aguas del golfo de León y la pintoresca cadena de los montes Cévennes.

ANTONIO DE AQUINO.

### EL PEREGRINO.

TRADUCIDO LIBREMENTE DE WALTER-SCOT.

¡Oh! abrid la puerta por piedad, el cierzo sopla con violencia, la nieve descende en anchos copos y cubre la llanura; es imposible hallar la senda.

Abrid, que no soy un vagabundo que llama á la puerta del Castillo para buscar refugio despues de haber cazado el gamo del rey, aun cuando en una noche tan borrascosa tendria derecho á ser compadecido el hombre mas villano.

Soy un peregrino fatigado, débil por los largos viajes que he emprendido para hacer penitencia por mis pecados. ¡Oh! abrid por el amor de Nuestra Señora, recibireis la bendición del peregrino.

Traigo indulgencias de Roma y Santas reliquias. ¡Ah! si esto no os mueve á abrirme, abridme al menos por caridad.

La liebre está agazapada en su madriguera, el ciervo descansa en su camada al lado de la cierva, y yo misero anciano espuesto á la borrasca no puedo hallar asilo.

¡No escuchais el mugido sordo del Ettrick? su corriente ha engrosado con las lluvias, y tendré necesidad de atravesar á vado las sombrías olas, sino teneis piedad del pobre anciano.

Aun permanece cerrada la gran puerta de hierro. El corazon del castellano es aun mas duro é insensible, pues escucha sin conmoverse mis dolorosos ayes.

¡Adios, adios! Plegue á la Virgen que cuando dobleis la frente al peso de los años os nieguen el asilo que hoy os pido y no me concedéis.

El señor del castillo muellemente recostado en su lecho, desdeñaba su humilde súplica; pero frecuentemente en medio de las tempestades de Diciembre escuchaba de nuevo aquella voz lastimera.

Porque cuando la aurora brilló sobre las ondas del Ettrick descubrieron sus ojos un cadáver entre los saucos de la ribera: aquel cadáver era el del Peregrino.

S. Y. N.

### AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuacion.)

La única luz de aquel terrible paso era producida por la deslumbradora blancura de la espuma que las olas amontonaban al pié de las rocas y lanzaban en seguida como cohetes de nieve y polvo brillante á lo alto de los aires.

Corrian los ventitres navios en la cavidad de aquel embudo, siguiendo siempre á la linterna roja que les conducía á su perdición. Mirábasela en silencio, ora subida en la punta de las olas á las nubes, ora sumergida en el abismo, habiéndose tornado menos sombría la atmósfera bajo los esfuerzos del viento que limpiaba el cielo; y habiéndose combinado este accidente con otro efecto de la luz facticia producida por aquel musgo blanco de que estaban tapizadas las rocas, se presentó á las tripulaciones el fantástico navio que así conducía aquel gran convoy fúnebre. A escepcion de la fragata, resignada á hacer la temeraria voluntad del rey, todas las demás tripulaciones lanzaron un grito de espanto.

No era el navio almirante el que tenían á la cabeza. Era... aquí la sorpresa acometió tambien á la fragata montada por Carlos XII... era la goleta que tan insolentemente habia desafiado y burlado á la flota sueca, y completaba la burla con la asechanza; corrió un estremecimiento por todas las tripulaciones de un carácter supersticioso. Aquel encarnizamiento del pequeño contra el grande, aquella audacia no castigada, imposible de castigar, aquella implacable persecucion, cuya causa no tenia el menor misterio, y en fin, aquella victoria próxima á completarse con la destruccion de quince ó veinte mil hom-

bres, hicieron surgir ideas de sortilegio en el ánimo de los marineros tan inclinados á lo maravilloso.

Barecióles su fin próximo y cierto. Ya no trabajaban; el miedo habia cortado sus nervios y paralizado sus movimientos. Dejáronse ir como espectadores inertes por la pendiente de la desesperacion en alas de la tempestad furiosa.

—Megret, ya no cantais? le dijo Carlos XII.

—Es porque creo, señor, que los ánades no pasarán.

Reginold, dijo en seguida el rey á su favorito, qué piensas tú de esa hechicera goleta? Crees como esos marineros asustados que lleva á Satanás por capitan?

La respuesta de Reginold fué interrumpida trágicamente.

Una galeota de bombas que se habia separado un poco de la línea, chocó contra una roca, vaciló, se abrió, se llenó de agua y desapareció. Un solo grito resonó sobre las olas. Todos los hombres debajo de las olas.

Los ventitres navios pasaron en silencio cerca de aquel féretro sumergido.

En pos de aquellos terrores, otros.

Mientras tanto terminó la noche.

—Fuera de peligro, gritó con una sola voz la tripulacion á los primeros resplandores.

Habian pasado el estrecho.

—Fatalidad! dijo el capitan presentándose delante del rey que le respondió tan tranquilo en la alegría como en el peligro:

—Los hombres fuertes creen en la fatalidad, capitan. Yo he creído en ella... creeré siempre.

—Si señor, nos habeis salvado, porque hé allí la otra mitad de la flota que se encamina hácia nosotros, y Copenhague esta allí.

—Decididamente, dijo el caballero Megret, los ánades han pasado.

—Y la goleta? preguntó el rey.

—Señor, respondió el capitan, despues de haber asertado su antejo á la isla de Zeland, entra en este momento en Copenhague.

—Es preciso que mañana vaya yo en esa goleta.

—Y cómo, señor?

—Apoderándome mañana de Copenhague.

—Es justo, señor.

El rey ordenó para el dia siguiente un desembarco. Durante el dia fué Olof á buscar á Scania, que era la parte mas meridional de la Suecia, nueve mil hombres de tropas de desembarco. Admiró mucho aquella determinacion adoptada por un rey que no habia hecho aun la guerra. Cuatro fragatas, dos inglesas y dos holandesas, se encargaron de proteger aquella tentativa, tan audaz como imprevista.

—Ahora, capitan Megret, dijo en seguida el rey al ingeniero francés, os pertenece á vos indicarme el mejor punto de desembarque. ¿Conoceis la costa?

—Perfectamente, señor. En otro tiempo hice el plano de ella con el mayor cuidado.

—Pues bien, decidnos vuestra opinion.

—Señor, esta es una playa á la que es fácil abordar. El agua es profunda hasta la orilla, y nuestras chalupas podrán acercarse á ella todo lo que querais. No veo ninguna batería que la defienda. Vuestras tropas, pues, no tendrán mas que saltar en tierra. Dios y su bravura harán lo demás.

—Señor, os pido solo el honor de ir con ellas.

—Os disputo ese honor, dijo el embajador francés Mr. Guiscar, que habia acompañado al rey desde Stokolmo.

—Continuad, Megret, dijo el rey de Suecia, mientras que las tropas de infanteria designadas para el desembarque que cargaban sus armas y se alineaban bajo las órdenes de sus oficiales, continuad, Megret.

—Si el punto que he indicado á V. M. no le conviene, tendré el honor de recomendarle otro.

—Está fortificado? dijo el rey.

—Si señor; pero las cuatro fragatas inglesas y holandesas que ya estan acoderadas habrán apagado el fuego de las baterías flotantes en menos de media hora.

El rey espresó con un movimiento de hombros y de lábios que le incomodaba recurrir á fuerzas extranjeras para asegurar el desembarque.

—No teneis ningun otro que proponerme, Megret?

Durante este diálogo entre Carlos XII y Megret, se llenaban buqueitos planos de fajas, cestones, sacos de tierra, picos, palas, azadones, etc.

—No señor... dijo Megret... No veo... Aquí es el mar oleoso, allá temo un lazo.

—Y allá bajo, allá abajo? dijo Carlos XII.

—V. M. me muestra en este momento la aldea de Humblebeck.

—Qué pensais de ella, Megret?

—Pienso, señor, que no debe pensarse ni un instante en desembarcar las tropas en ese punto.



—Y por qué vuestras razones?

—Porque las chalupas cargadas como están se verían obligadas por falta de fondo á permanecer á trescientos pasos de la ribera. Los dinamarqueses tirarían sobre nuestras tropas como al blanco, ni un hombre llegaría vivo á la playa.

—Así que creis, Megret, que los dinamarqueses nunca han pensado que podría tener lugar un desembarque en Humblebeck.

—Nunca, señor, estarían locos.

—A Humblebeck, gritó el rey, bajando á la primera chalupa, á Humblebeck! repitieron los oficiales de marina y la flotilla de desembarque se alejó remando de la escuadra sueca. Así que los dinamarqueses, cuyas miradas no perdían de vista la escuadra sueca, se apercibieron del movimiento que hacían las tropas de Carlos XII hacia la costa de Humblebeck, se lanzaron en masa sobre aquel punto y elevaron trincheras apresuradamente.

Lo que había previsto Megret, uno de los mejores ingenieros de la época, se cumplió á la letra; las chalupas suecas se encontraron detenidas por falta de agua á trescientos pasos de la ribera, cercada de tropas prontas al combate.

Era preciso retroceder ó arrojar al agua: Carlos XII no podía dudar un instante. Se volvió hacia el embajador de Francia que había querido seguirle en aquella empresa (extraño papel para un embajador) y le dijo con mucha razón: señor embajador, nada teneis que aclarar con los dinamarqueses, no vayais, pues, mas lejos si os place.

—Señor, respondió el conde de Guiscard, el rey mi señor me ha ordenado residir cerca de V. M.; me lisonjeo de que no me arrojaréis hoy de vuestra corte, que nunca ha estado tan brillante.

Dicho esto por una y otra parte Carlos XII con espada en mano se arroja al mar é inmediatamente le siguen M. de Guiscard, Megret, Reginold, Eric y Reuschil y todos marchan hacia la ribera con el agua hasta la cintura. Reciben á metrallazos y el rey pregunta al mayor general Stuart:

—Qué rumor es ese que oigo?

—Es el silvido de las balas, señor.

—Bueno! esa será en adelante mi música.

Una nota de aquella música mató en el instante mismo al lado del rey á un teniente y rompió un hombro al mayor Stuart.

La resistencia de los dinamarqueses no fué larga; Olof y Reuschil destrozaron su caballería y sus milicias; los pocos que quedaron fueron á llevar el terror á Copenhague, sitiada solo á siete millas de Humblebeck.

Una hora después, aquella capital tan orgullosa de donde había partido la amenaza de la división de la Suecia, enviaba una diputación solemne para pedir humildemente al vencedor que no la bombardease.

El rey á caballo á la cabeza de su regimiento de guardias recibió aquella diputación, cuyo jefe le presentó las llaves de la ciudad en una bandeja de oro.

La humillante ceremonia estaba concluida, el jefe de la diputación se levantaba para besar la mano al rey, cuando Megret lanzó un grito tan agudo y tan extraño que el rey, el ejército y la diputación quedaron suspensos.

—Señor, escusadme...

—De dónde viene, parecían preguntarle todas las miradas, esa exclamación inconveniente?

De repente el jefe de la diputación, aquel que se había levantado para besar la mano al rey, lanzó un grito casi semejante al del ingeniero Megret.

—Perdonadme, señor, balbuceó á su vez el jefe de la diputación.

—Qué teneis, pues, los dos? dijo el rey.

—Es que ese hombre, señor... intentó decir Megret...

—Es que ese hombre señor... intentó á su vez decir al jefe de la diputación...

—Pues bien, ese hombre interrumpió bruscamente el rey, es el caballero Megret, oficial francés á mi servicio, que ha dejado la Francia donde hubiera sido ahorcado por haber muerto á un baron dinamarqués á consecuencia de una querrela nacida del juego.

Y yo, señor, soy ese baron dinamarqués á quien el caballero de Megret ha muerto. He aquí porque...

—Sí señor, he aquí porque... añadió el ingeniero.

—El señor quería mi nariz.

—El señor quería mi peluca.

—El señor de Megret juega muy mal.

—Parece que el señor baron de Sandel no muere muy bien.

—El señor creía haberme muerto.

—El señor me suponía ahorcado.

—Yo no estaba enteramente muerto.

—Ni yo del todo ahorcado.

—Cuando volví á la vida y á la salud, pedí volver á Dinamarca.

—Yo me enganché al servicio de la Suecia.

—Y os encontráis frente á frente dijo el rey; comprendo vuestro asombro.

—Hasta la vista, dijo Megret, al baron de Sandel, poniendo con una sonrisa fina é imperceptiblemente burlona su dedo sobre la punta de su nariz.

—¡Hasta luego! le respondió á media voz el baron de Sandel sofocando una carcajada burlona, guiñando un ojo é indicándole con afectación su peluca, sin perjuicio de la profunda reverencia que hacía al rey al mismo tiempo.

—Hasta la vista pues, baron.

—Hasta luego pues, caballero.

## CAPITULO VII.

### LA NARIZ DEL CABALLERO Y LA PELUCA DEL BARON.

Después de la victoria, el placer. Rogóse á los vencedores que pasasen unos días en casa de los ricos habitantes de Copenhague, felices por haber obtenido de la humanidad de Carlos XII, el no ser bombardeados. El baron de Sandel, fué uno de los que mas se distinguieron por el fausto de su recepción. Su palacio, el mas elegante y el mejor situado de la capital, se abrió generosamente á los oficiales del ejército sueco, á quienes invitó al tercer día de su llegada, á una fiesta dada en su honor.

Nada dejó que desear el buen gusto de los vencidos. Los jardines del palacio, rodeados de pequeños arroyos atravesados por puentes de mármol, fueron iluminados como un salon, y los salones adornados como un jardin en los mas hermosos días del estío. Nada se olvidó de lo que puede hacer una noche del Norte tan radiante como una mañana de Oriente. La música, los perfumes, las luces de las que Luis XIV y los señores de su corte habían empezado á hacer tan delicioso empleo, se combinaron para encantar á los vencedores disfrazados como siempre con el nombre de aliados y para consolar á los vencidos. ¿Quién se divertiría si no existiese la desgracia? La fiesta residía sobre todo en el baile, y un baile de máscaras en que debían mostrarse en toda la coquetería y variedad de sus trajes las damas de Copenhague.

Ha comenzado ya la brillante fiesta; los carruajes blasonados se estrechan en las doradas verjas del palacio; desfilan por delante de la gradería poniendo en las escaleras grupos de caballeros en traje de fiesta, mujeres que se apresuran á asegurar sus caretas con sus manos elegantemente cubiertas de guantes, y oficiales del ejército sueco, á quienes se embriaga con aclamaciones lisonjeras.

Olas de luz iluminan la espléndida multitud esparcida á través de los salones, los gabinetes y las galerías que se abren delante de sus pasos. Divídese la multitud, se vuelve á unir, se rompe todavía al choque de otros veinte que llegan. La música resuena en todas partes; bajo aquellas bóvedas suntuosas las danzas francesas, italianas, españolas, polonesas.

Mas lejos se juega, mas allá se baila, mas allá se juega otra vez. Otra fantasía salida como tantas otras de la magnífica imaginación de Luis XIV; el bufet estaba colocado en una pieza espaciosa donde criados bellos como la felicidad os sirven todo lo que les pedis, sean manjares delicados, frutos raros ó famosos vinos.

Y en todos los puntos del horizonte, bajo aquellas arcadas doradas en el fondo de aquella perspectiva abrasadora y luminosa, detrás de una gasa de plata producida por el resplandor bullicioso de los espejos y la blancura mate de las bujías, se ven pasar mujeres que cambian la frescura de su aliento, los reflejos de sus ojos, el encanto de su sonrisa, con esa felicidad de ser hermosas que les proporciona la noche y el baile esas dos cosas echas para ellas.

Reginold, que por extraordinario, no había seguido al rey, poco deseoso de presentarse en Copenhague, de donde estaba ausente el soberano, estaba pensativo y apoyado contra uno de los pilares del salon del baile sin tomar mas que un placer muy distraído en las alegrías generales. Iba media hora que soñaba y soñaba de amor, (porque en qué puede soñar un joven en medio de un baile?) cuando le despertó un golpecito que le dieron en el hombro.

—Dormir en el baile!

La mano que había tocado á Reginold estaba unida á un brazo blanco y rosado que salía de una manga de seda verde levantada hasta el codo, era el brazo de un busto de Diana cazadora. En cuanto al rostro nada se podía decir; estaba enmascarado hasta la boca; pero tenía veinte años. Era una sonrisa, una flor.

—No duermo.

—Soñabais?

—Tal vez.

—Dormiais, pues, Reginold?

—Me conocéis, bella ninfa?

—Quién no os conoce?



El amigo, el confidente del joven rey de Suecia, uno de los vendedores á quienes se festeja aquí... Es verdad que parece no tomáis en la fiesta la parte que merecis. Si el cuerpo se encuentra aquí, el espíritu no.

— Qué sabeis? respondió Reginold, con ese sentimiento de inquietud curiosidad que se experimenta cuando la boca misteriosa de una linda máscara os embroma. Y aquella era ciertamente de las mas lindas.

Hemos dicho que su corpiño era verde, sembrado de pequeñas rosas de Mayo; pero su falda rosa, levantada hasta las rodillas, pero su pierna fina y atrevida, modelada por un escultor de Atenas, pero su pié de armoniosas articulaciones, pero sus manos que tenían un tirso, pero todo aquel trage de ninfa y todo aquel cuerpo de ninfa, quién se atreverá á describirlo?

(Se continuará.)

## EL CAUTIVO. (1)

### CANCION ARABE.

#### I.

Mundo halagüeño, mundo engañoso  
Por qué has herido mi corazón?  
¿Cómo en tu seno tan armonioso  
Todo es mentira, todo ilusión?  
¡Ay! yo cautivo lloro mi suerte,  
Y al son de las cadenas  
Llamo á la muerte.

El alma sin recelos  
en esta vida,  
envuelta en densos velos,  
goza dormida.

Solo despierta,  
cuando la muerte airada  
Llama á su puerta.

#### II.

Adios del alma gratos colores,  
Lúca esperanza, dicha ideal,  
Adios Arabia, reino de flores,  
Adios por siempre gloria inmortal.  
Tristes recuerdos nublan mi frente,  
Y vanos pensamientos  
Cercan mi mente.

En las praderas bellas  
nacen mil rosas,  
y las auras á ellas  
vuelan gozosas,

Y en mis dolores  
los céntros espiran,  
mueren las flores.

#### III.

¡Ay! el sol claro de la ventura  
Mi triste vida no alumbrará!  
¿Siempre la imagen de la amargura  
Sobre mi frente se agitará?  
Y entre las sombras del largo olvido,  
¿He de buscar en vano  
Mi bien perdido?

El prado vá alegrando  
Mayo sereno,  
y la dicha brillando  
vuelve á su seno.

¿No habrá algún día,  
en que pura y luciente  
vuelva la mía?

JULIO DE EGUILAZ.

## MADRID MOJADO.

Embózase el firmamento,  
hacen las aguas las nubes,  
y el llanto de los tejados  
los canalones escupen.

¡Qué hermoso Madrid te pones,  
mas reluciente que un hule,  
depositando la lluvia  
en charquitos por azumbres!

¡Qué hermoso! el sol nos envía  
sus casi nocturnas luces,  
y á su favor en las calles  
¡qué de cosas se descubren!

En las mojadas aceras  
los pobres mortales hullen,  
temiendo con tantas linfas  
llegar á hacerse solubles.

Quien lleva un chico paraguas  
que de sombrilla presume;  
quien con uno de familia  
como con toldo se cubre;

Quien, marchando impermeable  
con un gaban que reluce,  
besugo al salir del agua  
parece con la que escurre.

Las faldas el bello sexo  
ya mas, ya menos se sube,  
dejando que las botitas  
y aun las medias se vislumbren.

Así la cándida enagua  
y el calzon acaso lucen,  
dando á mil aficionados  
amorosas pesadumbres.

Eso no todas; que algunas  
van tal, que aunque no se ocultan  
no hay un hombre que las mire  
ni lodo que las ensucie.

Arma es terrible el paraguas,  
si una mujer lo conduce  
¡oh que de caras rasguña  
y que de sombreros hundel!

En tanto corren y brincan,  
se atropellan, se confunden  
los humildes peseteros  
y las carrozas ilustres.

Hay quien temiendo sin duda  
perder el brillo del cutis  
espera en un portalillo  
que un *simon* se desocupe.

Y ¡ay del pobre á quien, abriendo  
la portezuela, le ocurre  
que asomándose otro prójimo  
por la opuesta, le saludel!

Ya la nube va pasando,  
ya las gotas disminuyen,  
y el sol les da mil colores  
con los rayos de su lumbré.

Ya cesó: ya solamente  
rocian al transeunte  
los osados canalones  
que asoman por las techumbres.

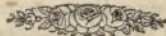
Y los que de orden suprema,  
en las fachadas se embuten  
bañan los piés al que pasa  
al salir de sus estuches.

Las venecianas lagunas  
muchas calles reproducen,  
y convierte Manzanares  
sus lavaderos en buques.

Y empiezan cien barrenderos  
á ser funcionarios útiles  
fabricando mucho lodo  
según antigua costumbre.

Paciencia, Madrid, paciencia;  
remángate bien y sufre  
cuatro semanas de lluvias  
y diez de calles con puches.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra

(1). Esta cancion ha sido puesta en música por el joven compositor D. L. Nuber Robres.